

[Otra edición: *Atlántida*, vol. II, n.º 7, enero-febrero, 1964, 81-84. Editado aquí en versión digital por cortesía de los herederos del autor, como parte de su *Obra Completa*, con la paginación original].

© Herederos de Martín Almagro Basch

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia.

El salvamento de los templos de Abu-Simbel

Martín Almagro Basch

[→81] De la ya popular Campaña de Nubia promovida por la UNESCO y que tanta resonancia ha tenido en todo el mundo, el problema número uno desde su iniciación y planteamiento ambiciosísimo fue siempre el evitar la desaparición de los dos grandes *speos* de Abu Simbel. Como todo el mundo sabe, fueron excavados en el corazón de la Nubia, a más de 1-500 kilómetros del Mediterráneo, por el faraón Ramsés II (1224-1290), el espectacular gran constructor de la XIX dinastía. Junto con las pirámides de Guizeh y con el templo de Karnak, representan los templos de Abu Simbel la tercera empresa del Egipto antiguo por orden de magnitud.

Su grandiosidad realmente impresiona, ya que el mayor de los templos consagrado a la divinización de Ramsés II mide 71 m. de longitud y todo él está excavado en la roca. Así lo pudo denominar Fierre Loti, la *Nôtre Dame subterraïne*. A su lado, Ramsés II hizo excavar otro templo consagrado a su mujer Nefertari, convertida en Hator, diosa de la sabiduría, de la prudencia y de la belleza. En pleno continente africano aquellas obras

humanas impresionaron siempre a cuantos llegaban a admirarlas no solo por el esfuerzo que representaban, sino también por el paisaje sin igual que las envuelve. La popularidad alcanzada por los templos de Abu Simbel fue enorme tanto entre los arqueólogos y especialistas del arte antiguo como entre los literatos y aun simples viajeros que se aventuraban a llegar hasta aquel apartadísimo lugar. La UNESCO consideró desde el primer momento que la campaña de Nubia sería un fracaso si los templos de Abu Simbel no eran salvados, aunque se rescatasen otros templos y tesoros arqueológicos. Las dificultades técnicas en estos tiempos de las grandes empresas y los avances científicos no podía ser insuperables. Era preciso movilizar grandes cantidades de dinero, la mayor parte en divisas fuertes, para poder realizar los proyectos que se fueron presentando. Pero esta delicada cuestión que exigió tacto y paciencia fue también vencida. En torno a ella, es decir a la cantidad de millones de dólares que se pudieran reunir, giró siempre la aceptación de los proyectos que se fueron presentando y que [-81→82-] vamos a resumir haciendo solo mención de aquellos que han sido sometidos al examen de peritos o comisiones de la UNESCO y de los países interesados pues ha habido otros muchos de los cuales no se ha tratado siquiera.

El primer proyecto se elaboró por la gran compañía francesa Coyne y Bellier. Tuvo la aceptación inicial de los arqueólogos. Era el más simpático desde el punto de vista que todo conservador de arte adopta ante un monumento, según el cual, a ser posible, toda creación artística debe conservarse en el sitio donde fue creada. El proyecto exigía hacer un gran dique de construcción que aislara la montaña toda, dejando los templos en su sitio y en su ambiente. Planteaba además del elevado coste del dique el tener que sacar el agua que producirían las filtraciones. Fue pronto abandonado por los comités de expertos que la UNESCO creó ante las dificultades técnicas y económicas que representaba.

En 1961 se aprobó por la UNESCO otro proyecto, elaborado por el arquitecto italiano Gazzola. Era tan audaz como sugestivo. Se intentaba cortar la montaña, aislar el templo, hacerlo descansar sobre una fuerte plataforma de cemento armado que se construiría debajo del área que ocupa el templo excavando la roca, y luego ya encajonado el gran bloque en el cual se incluía el monumento, todo se iría elevando sobre unos gatos hidráulicos potentísimos, que actuarían con mandos electrónicos. Este proyecto, lo hizo suyo la UNESCO. A través de sus expertos lo convirtió en cifras y su coste ascendía a algo menos, teóricamente; que el proyecto francés. Los templos se salvaban de la influencia del embalse, al elevarlos 62 metros sobre el nivel actual de las aguas del Nilo. No se exigían, además, gastos de conservación para el futuro. Los técnicos financieros y de la construcción se impusieron a los arqueólogos que preferíamos ver en su sitio debidamente respetados aquellos monumentos.

De 1961 a 1963 se intentó financiar este proyecto Gazzola que ascendía a sesenta millones de dólares, y según estudio hecho por empresa sueca VBB (Vattenbiggnadsbyrån) de Estocolmo, por encargo del gobierno egipcio y de la UNESCO. Se prepararon planos para los contratistas, se estudiaron al detalle todos los problemas arqueológicos que la realización del proyecto entrañaba, convirtiéndolos en presupuestos básicos para realizar la contrata internacional reglamentaria. Así se llegó a finales de 1962, después de varias reuniones de los Comités y Consejos de la UNESCO, que en su asamblea general celebrada en el otoño de 1962, no respaldó aquellas soluciones económicas arbitradas pacientemente e inteligentísimamente por el personal técnico de su Secretaría General. Los grandes Estados, únicos sostenedores reales de aquella organización internacional —junto con unos cuantos más entre los que figura España— se negaron en su mayoría a pagar lo que hacía falta para realizar el ya bien estudiado proyecto Gazzola.

Entre tanto la gran presa de Asuán fue avanzando. En 1964, según anuncia el Gobierno egipcio, comenzarán a subir las aguas seis metros sobre el nivel actual y de aquí a 1968 alcanzarán hasta los sesenta metros previstos. Ante esta [-82→83-] situación las autoridades egipcias procuraron elaborar un proyecto que se adaptara a los medios económicos que la UNESCO y el Gobierno egipcio han podido reunir, unos cuarenta millones de dólares en total.

En 1963 se hubo de partir, pues, de esta nueva realidad financiera y a lo largo de la primera mitad del año se fueron presentando a la UNESCO y al Gobierno egipcio nuevos proyectos. Fueron especialmente examinados por los comités de la UNESCO uno de la empresa sueca VBB, que ya venía trabajando para el Gobierno egipcio en esta tarea, y otro francés debido a Albert Caquot, prestigioso miembro de la Academia de Francia, que proponía, como antes lo había hecho Gazzola, cortar de la masa de la montaña dos grandes bloques en los que quedaban incluidos los templos; la diferencia estaba en la forma de elevarlos, no por medio de gigantescos gatos hidráulicos —que era la solución de Gazzola—, sino haciéndolos flotar para llevarlos hasta su definitivo emplazamiento, de modo semejante a como se elevan a un dique seco los grandes buques.

El proyecto francés era ciertamente tan audaz y sugestivo como el italiano. Su coste teórico era inferior a los cuarenta millones de dólares reunidos por la UNESCO, según los presupuestos provisionales presentados por su autor. Pero, examinados éstos por los expertos de la UNESCO, consideraron el cálculo de la realización total del proyecto Caquot mucho más elevado. Una vez más, las dificultades económicas obligaron a desechar tal solución y se adoptó el proyecto egipcio.

Este proyecto ha sido elaborado por la citada empresa sueca y aceptado por el Gobierno de la R.A.U. Consiste en partir los templos en grandes bloques de veinte tonela-

das, que se trasladarán en camiones o plataformas especiales hasta el lugar donde se elevarán de nuevo. Ya aceptada la idea de cortar las construcciones subterráneas en bloques, los técnicos italianos de Carrara presentaron otro proyecto más ágil y técnicamente muy bien estudiado, pero que no fue aceptado por el Gobierno egipcio.

Al fin, en diciembre de 1963 se han comenzado las obras que van a salvar estas dos colosales obras de la arquitectura egipcia. Ciertamente que el tiempo ha empujado tanto como las posibilidades financieras para confiar a una empresa solvente una solución rápida y viable de tan debatida cuestión.

El proyecto aceptado no es para los arqueólogos el más atractivo. Los riesgos que supone el corte de la piedra son evidentemente muchos. Las mismas dificultades se presentarán al ambientar la construcción que se levantará para volver a organizar el simulacro de lo que fue Abu Simbel.

Estas objeciones no nos impiden admirar el coraje con que se ha buscado una solución a este problema, resuelto al fin gracias al empeño y a la audacia que ha mostrado la UNESCO. Hoy podemos asegurar que la empresa gigantesca de la Campaña de Nubia no ha fracasado frente a su más grave dificultad. Han sido estudiadas y al fin vencidas objeciones técnicas y arqueológico-artísticas; objeciones políticas, nacidas de las rivalidades suscitadas entre diversas naciones; objeciones [-83→84-] económicas, pues la mayoría de los grandes Estados, empezando por Rusia, se han negado a colaborar. Un ejemplo laudable en este terreno ha sido el de los Estados Unidos. También España ha aportado noblemente su esfuerzo.

Esta empresa muy de nuestro tiempo, audaz e internacional, ha entrado al fin en período de realización. Añadiremos que igualmente han sido puestos en marcha los proyectos de salvamento y reconstrucción de todos los otros templos y monumentos de Nubia, a la vez que se ha llevado a cabo una campaña de excavaciones y estudios de documentación arqueológica jamás igualada.

No se puede negar ni por los más incrédulos y recalcitrantes críticos el éxito de gran valor espiritual alcanzado por esta campaña de Nubia que honra a la UNESCO y a cuantos países la han hecho posible. Un patrimonio cultural que ni Egipto ni Sudán podían salvar, ha sido preservado.

La labor llevada a cabo en tierras de la Nubia egipcia y sudanesa permite esperar en el futuro la realización de otras campañas semejantes que requieran una amplia colaboración internacional, si cualquier circunstancia las hiciera necesarias.